

EL MAYOR RIVAL DE ROMA

VIRIATO.

DRAMA TRAGICO

EN UN ACTO:

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.

Viriato, Caudillo del Pueblo Español.

Dulcidia, su esposa.

Pompeyo, General Romano.

Quinto Cepio.

Ditalcon, Capitan Español, hermano de *Dulcidia*.

Minor, Capitan Español.

El teatro figura un campo de batalla de un ejército derrotado con varias tiendas destrozadas, y entre ellas la de Pompeyo: al levantarse la cortina salen varios Romanos huyendo tirando los escudos y las lanzas haciendo ademanes de maldecir su suerte: detrás de ellos saldrá Pompeyo despechado.

Pomp. **Q**ué es esto? dónde vais desordenados?

las espaldas volveis al enemigo?

Cap. Mira Pompeyo el campo de batalla,

no es cordura lidiar contra el destino. *vase.*

Pomp. O día de dolor y de amargura!

día de confusión y de conflicto!

Quién pudiera borrarte de los tiempos

para dexar un hecho obscurecido,

que va á ser el oprobio de Pompeyo,

la vergüenza de Roma, y el ludibrio

de su Senado! sin horrizarme

A

no

no puedo ver los míseros testigos
de la carnicería, del extrago,
de la desolacion, el exterminio
que acaba de dexar en ese cam-
el fuerte Viriato; ese vandido
que diez veces á Roma ha cons-
ternado,
y otras tantas sus huestes ha ven-
cido.
Todo es horror y muerte; todo
espanto,
todo confusos ayes y gemidos:
segun la sangre inunda las cam-
piñas,
los verdes prados de este ameno
sitio,
solo producirán purpureas flores:
las cristalinas fuentes, asimismo
ofrecerán por agua roxa sangre;
y el caudaloso Tajo, dará indicio
quando tribute al mar con su
avenida
cadáveres y sangre en sacrificio,
de que la fiera parca se ha can-
sado
de cortar á las vidas tantos hilos.
Tan solo igual derrota ha visto
Cannas;
solo Annibal, de Roma ha con-
seguido
victoria tan completa, y sangui-
nosa;
¿Y tendré yo valor; mortal con-
flicto!
para escribir á Roma esta des-
gracia?
No soy Plaucio, Metelo, ni
Servilio.
Primero el pundonor y la ver-
güenza

acabarán la vida que abomino.
Primero moriré sobre la cima,
de esos montes de muertos y de
heridos.

Soy noble, soy Romano, soy
Pompeyo,

y acreditarlo debo con el brio.
Para salvar el resto de mis tro-
pas,

no tengo mas recurso, mas arbi-
trio,

que el de hacer unas paces ver-
gonzosas.

Y con quién? con un prófugo,
un vandido,

que aprendió el exercicio de las
armas,

con una tropa vil de foragidos.

Yo no mancho la gloria del Se-
nado,

ni tampoco la mia: mis princi-
pios,

mis hazañas, exigen que yo
muera

con la gloria que han muerto mis
patricios:

Esto pide mi fama y mi decoro:
ya es igual con el vuestro mi des-
tino.

Sale Cep. Qué vas á hacer? qué in-
tentas?

Pomp. Dar-me muerte.

Cep. Mira Pompeyo...

Pomp. Yo no sobrevivo
á mi fatal derrota.

Cep. Por qué causa?

Pomp. Porque nací Romano.

Cep. Por lo mismo

te debes conservar: mientras
existas

en España, en España el poderío
 existirá de Roma: no pretendas
 con tu arrojo privarla de un do-
 minio,
 en que funda el Senado su gran-
 deza:
 fuera de esto, qué gloria, qué
 heroísmo
 adquirirá Pompeyo con su muer-
 te?
 Modera tu furor, vuelve en tí
 mismo;
 todo lo vence el tiempo y la
 constancia.
 Pronto vendrán refuerzos muy
 crecidos
 que apoyen tus empresas: Vi-
 riato
 tiene en su mismo ejército ene-
 migos
 que envidian su fortuna: final-
 mente
 hacerse superiores al destino,
 es propio de los pechos animo-
 sos,
 que se empeña la suerte en aba-
 tirlos.
 Viva Pompeyo, porque Roma
 viva.
Pomp. Ya no puede vivir, está
 vencido;
 si de tu Xefe estimas la memoria
 dexa que satisfaga sus designios.
Cep. Está bien, sacrifica á tu des-
 pecho,
 á tu ciego teson, á tu capricho
 de Ciudadano y Xefe los debe-
 res:
 dexa que con tu muerte, los

vencidos,
 del Español valor sean despojo;
 que el Romano poder pierda el
 dominio,
 que disputó á Cartago valeroso
 en la fértil España; y asimismo
 que el azote de Roma, Viriato,
 consiga en Lusitania los desig-
 nios
 de coronarse Rey, y vaya á
 Roma
 á llevar el terror, y el extermi-
 nio;
 pero con tal accion, y con tal
 baxeza
 qué fama adquirirá tu nombre
 invicto?

Medita...

Pomp. No mas... tú qué es lo que
 harías

si te encontráras, Cepio, en lu-
 gar mio?

Cep. Obedecer á Roma, pedir paces.

Pomp. A quién, Servilio Cepio? á
 un foragido?

Eso sería ya reconocerle;
 fuera darle un poder de que no
 es digno.

Cep. No queda mas recurso.

Pomp. Es vergonzoso.

Cep. Hasta nuevos socorros es pre-
 ciso.

Pomp. Despues de catorce años de
 victorias,

que el soberbio Español ha con-
 seguido

sobre nuestras legiones; qué
 ventajas

se pueden esperar de los parti-
 dos

4
6 de las paces que con él hagamos?

Su carácter feroz, su genio altivo

no admitirá tratados que no sean vergonzosos á Roma.

Cep. Quién ha dicho que lo han de ser por fuerza?

Pomp. Mi derrota, los triunfos que de Roma ha conseguido.

Cep. Sin embargo, Señor, de Viriato

es tal la situación, tal el destino, que siendo vencedor se ve forzado

á tener que pensar como vencido.

Mientras que su valor se coronaba,

por mano de la gloria, de exquisitos

laureles inmortales; el acaso me conduxo á su tienda, protegido

del desorden y el polvo del combate,

donde en brazos del sueño hallé dormido

el objeto amoroso y halagüeno, que tiene esclavizado el alvedrio del Marte Lusitano. Ve á su campo

á pedirle la paz, no estés remiso, que por grande que sea su constancia

cederá á la violencia del cariño.

Pomp. Luego tú conseguiste?....

Cep. Sí, Pompeyo, los Dioses protegieron mis de-

signios,

y entre cadenas gime en nuestro campo

Pomp. Condúcele á mi vista.

Cep. Ya te sirvo. *vase.*

Pomp. Ya empiezo á proponerme para Roma

una paz ventajosa con su hechizo, de no, su esclavitud al Capitolio del valor de Pompeyo dará indicios.

Sale Cepio, Dulcidia encadenada y Romanos.

Pomp. Acercate, Dulcidia.

Dulc. Quién me llama?

Pomp. El General Romano: mas qué miro!

la belleza mayor de las bellezas, dando de esclavitud y de ludibrio funestas evidencias? La consorte del animoso Xefe, del caudillo que derrotó mis huestes prisionera

pronta á servir al carro del vencido,

quando en vez de trofeos lleve á Roma

la noticia fatal de su exterminio? Compadezco tu suerte.

Dulc. Yo la tuya.

Pomp. No soy esclavo.

Dulc. Pero estás vencido.

Pomp. Puedo ser vencedor.

Dulc. Vive mi esposo.

Pom. Roma tiene poder.

Dulc. Viriato brio.

Pomp. No abaten las cadenas tu constancia?

Dulc.

Dulc. España me dió el sér: harto
te he dicho.

Pomp. Quieres la libertad? quieres
librarte

del insulto de un pueblo enfure-
cido,

de sufrir los dicterios del Senado?

Escribe á tu consorte que sumiso
venga á pedir la paz.

Dulc. Quando Pompeyo

se atreve á proponerme este par-
tido,

ignora mi constancia, y su der-
rota:

corazon en soberbia empedernido,
mirá el campo sembrado de van-
deras,

y lanzas destrozadas; mira el rio
hinchado con la sangre de los
muertos;

mira en montes los valles con-
vertidos

á fuerza de cadáveres Romanos;
despues medita con maduro juicio
quién debe pedir paz, España ó
Roma.

Pomp. Es verdad que la parca se
ha excedido

á sí misma en horror, extrago y
muerte;

pero todo el honor, y todo el
brillo

que ha ganado tu esposo por tu
medio

un descuido le dexa obscurecido.

Si él venció mi valor con su de-
nuedo

yo venceré su amor con tus he-
chizos.

Dulc. No le conoces bien.

Pomp. Sé que és amante.

Dulc. Es verdad, pero aun quando
su cariño

desarme su teson, que no es po-
sible,

y admita por mi causa los par-
tidos:

que la pérfida Roma le propone;
sino son decorosos á su brio

ni á la gloriosa España, te pa-
rece

que Dulcidia es capaz de con-
sentirlo?

Estima á Viriato, sí, le adora,
mas pospone su amor á su he-
roismo.

Pomp. Gemirás entre hierros pri-
sionera.

Dulc. La gloria endulzará mi cruel
destino.

Pomp. Pronto vendrán de Roma
nuevas tropas

á castigar su orgullo desmedido.

Dulc. Aunque vuestro Senado le
decreta

jamás se verifica su castigo.

Pomp. Se verificará, que la victoria
no siempre ha de correr detrás
los filos

de su atrevida espada.

Dulc. Eso fuera

si llevára de Roma los designios:
Viriato pelea por su Patria;

Roma por ambicion y despotis-
mo.

Pomp. Basta Dulcidia, basta, y con-
sidera

de tu estado infeliz el cruel des-
tino.

Du. No teme los reveses de la suerte
un magnánimo pecho como el
mio.

B

Pomp.

Pomp. Cansada la obstinacion...

Pero qué es esto?

Cep. Que un Tribuno conduce ácia este sitio,

segun mandan las leyes de la guerra,

á un Soldado Español.

Pomp. Habrá tenido

noticia de tu suerte Viriato,
y le envia á romper tus fuertes
grillos.

Haz que llegue, y condúcele á
mi tienda.

Cap. Este Soldado quiere...

Cep. Ven conmigo... *vase.*

Dulc. Si no mienten las señas es mi
hermano.

Quién hablarle pudiera!... *ap.*

Pomp. Aunque vencido
ya ves como el acaso y tu her-
mosura

me dan de vencedor el poderío.

Dulc. Que mi esposo se humille de
esta suerte!

Pomp. No tiene mas recurso su ca-
riño.

Dulc. Yo le quiero constante, no
amoroso.

Pomp. Eres muger, ó furia?

Dulc. Ya lo he dicho,
la España me dió el ser.

Pomp. Pues á mí Roma:
verémos quién á quién se excede
en brio. *vase.*

Dulc. No conoce Pompeyo todavía
el valeroso espíritu que animo.
La aspereza del sitio me hizo
fuerte,
magnánima de un padre los avi-
sos,

y el genio belicoso de mi esposo

me enseñó la constancia en los
peligros.

Con estas circunstancias vuestro
Xefe

de qué sirve que en Roma haya
nacido.

Sale Pomp. No mas: basta traydor.

Dulc. Traydor mi hermano!

Pomp. De la suerte que ha sido
conducido

sacadle de mi campo: los Roma-
nos

no vencemos por medios tan in-
dignos.

Cap. Pompeyo y Roma llorarán un
dia,

el desprecio que haceis de mis
partidos.

Pomp. Apartad á ese infame de mi
vista.

Disimular es fuerza por mí mis-
mo. *ap.*

Dulc. Quántas dudas me causa su
venida!

de mi esposo contrario siempre
ha sido;

y llamarlo traydor publicamente
el General Romano, me da in-
dicio...

Ay dulce Viriato!...

Pomp. Qué meditas?

Dulc. Yo debo de su riesgo darle
aviso.

Pomp. No respondes, Dulcidia?

Dulc. Quién me llama?

Pomp. Conoces al Soldado que ha
venido?

Dulc. Disimular es fuerza. No
Pompeyo.

Pomp. Ni tampoco deduces á qué
vino?

Dulc.

Dulc. Si no vino á tratar de mi rescate...

Pomp. Son diversos, Dulcidia, sus desiguos.

Tu esposo á qualquier precio con Pompeyo debe ajustar la paz.

Dulc. Lo mismo digo.

Pomp. Una vez que ya cede tu constancia,

y opinas de la suerte que yo opino,

de la oliva desgaja el sacro ramo, que debe conciliar dos enemigos, y llevársele ofrezco á Viriato.

Dulc. Todavía haré mas : venid conmigo.

Es preciso ceder á la desgracia, por conservar la vida á mi marido.

Campo de Viriato con su tienda en el foro ; á los dos lados de su entrada habrá dos montones grandes de estandartes, vanderas, escudos, lanzas y otros trofeos erigidos en triunfo.

Sale Viriato de su tienda y salen sus guerreros.

Vir. Animosos y fuertes Españoles, en cuya vencedora aguda espada mira su esclavitud el Capitolio, su cara libertad la dulce patria: ved de vuestros sudores y fatigas mil y mil monumentos, que á la fama

ha erigido el valer para memoria

de vuestro invicto nombre, y mis hazañas;

con vuestro ardiente y valeroso brio

á sacudir principia el yugo España,

rompiendo las cadenas ominosas que se puso ella misma, quando incauta

contra su libertad tomó partido, y que las redobló quando pensaba

por medio de Escipion dexarlas rotas.

Si respira sin susto en la cabaña el sencillo pastor : si de los campos

coge el fruto la mano que los labra,

y si pueblos enteros fugitivos reposan en el seno de sus casas, á vuestro invicto brazo se lo deben.

Dexemos compañeros acabada empresa tan gloriosa ; los trofeos ganados al contrario, vuestras almas

inflamen de valor : el Cielo mismo

vemos que patrocina nuestra causa.

¿ No estais viendo en las lides, como vuela

sobre vosotros con doradas alas, repartiendo laureles la victoria?

Corramos en pos de ella, hasta que España

respire sin cadenas : convidemos á los valientes hijos de Numancia

á tan gloriosa empresa, á los Centebrios

y á las demas provincias subyuga-

gadas:
reunidos de esta forma los esfuer-
zos

encerremos las águilas romanas
dentro sus patrios muros : liber-
tando

de esclavitud tan vil á nuestra
patria.

De la ambiciosa Roma el nombre
odioso,

enteramente bórrese de España,
y tiemble la Metrópoli del orbe
con solo de escuchar nuestras ha-
zañas.

Estos faustos y alegres vatici-
nios,

el pecho de alborozo no os infla-
man?

no os llenan del mas justo rego-
cijo?

Yo no sé que inferir de esta mu-
danza:

¿despues de la victoria macilen-
tos,

y llenos de placer en la batalla?

¿Os contrista la suerte de mi es-
posa?

Si el pérfido Romano la hizo es-
clava,

diez veces le he vencido valeroso,
le venceré otra mas por reco-
brarla.

Valientes campeones , retiraos,
disfrutad del descanso que os pre-
para

la fama y el sosiego ; y entre-
tanto

que al campo del honor la gloria
os llama,

los despojos que á mí me perte-
necen

quiero que entre vosotros se re-
partan

á mas de los que os tocan , que
en las lides

la gloria de vencer á mí me bas-
ta.

Min. Los Dioses eternizen vuestro
nombre.

Tod. Viva nuestro caudillo , viva
España.

Vir. Ya se fueron::: la suerte de
Dulcidia,

á pesar de valor de mi constancia
siento que me conturba , no lo
extraño:

soy hombre , soy esposo , y na-
da basta

á borrar de los tiernos sentimien-
tos

aquellas impresiones que en el
alma

grava el amor y la naturaleza
¡ay dulce vida mía !... De tu

hermana

Sale Ditalcon.

ya Ditalcon sabrás el cruel des-
tino.

Dit. Desmasiado Señor ; mas la des-
gracia

no permite al cariño de un her-
mano

el singular placer de recobrarla ;
todo quanto hay que hacer he
practicado.

Vir. Tu sudor y tu polvo lo decla-
ran ;

pero por poco tiempo el enemigo
logrará en su poder tenerla es-
clava.

Esta noche he resuelto sorpren-
derlo

en sus mismos reales: mi arrogancia,
el terror de mi nombre y su derrota
aseguran la empresa proyectada:
todo perezca al fuego, todo acabe
al invencible esfuerzo de mi espada:
derrotemos sus huestes, de manera,
que no quede quien cuenta su desgracia.

Dit. Apruebo tus designios.

Vir. De esa suerte
en alas del valor y la venganza,
vé á preparar mis tropas sin que
entiendan
el designio que llevo en prepararlas;
y mira que de tí tan solamente
(que has merecido siempre mi confianza
por tu zelo y amor), fio el secreto.

Dit. Inútil prevención.

Vir. Es necesaria.
El sigilo en la guerra es una parte
de la victoria.

Dit. Reflexión tan sabia
solo es propia de tí.

Vir. No te detengas,
que requiere la acción mucha eficacia.

Dit. Si el Romano siguiera mis ideas,
no logrará las tuyas tu arrogancia.

Vir. Merece que entre todos les distinga

por su lealtad, su zelo y eficacia:
Pero Minor, qué es esto?

Min. Que los Dioses *sale*
no quieren ver mas sangre deramada.

La paz se vá á fixar sobre nosotros:

ahora Pompeyo de pedirla acaba,
y en fe de eso á tu tienda le he traído.

Vir. Quiere sacar partido de la esclava:

dile que llegue, oygamos sus propuestas,

si fueren ventajosas á la patria,
sellaré mis victorias con las paces,
será el firmarlas mi mayor hazaña.

Ya se acerca el Romano, mi decoro

de esta manera recibirlo trata.

Se sienta sobre un peñasco.

Qué pretendes?

Pomp. La paz.

Vir. Quién me la pide?

Pomp. El Romano poder.

Vir. Siéntate y habla.

Pomp. No pudiendo con ánimo sereno

ver Roma estas Provincias assoladas,

queriendo poner fin al exterminio
que una sangrienta guerra en ellas causa,

al Lusitano pueblo y á su Xefe
convida con la paz.

Vir. Pompeyo, basta:

igual propuesta me hizo con
Metelo,

C

y

y despues se ha negado á confir-
marla.

Pomp. Con ansia tu amistad desea
ahora.

Vir. Porque ve sus legiones destrozadas.

Pomp. Si las venciste no has vencido á Roma.

Vir. Pero he vencido en ellas su arrogancia.

Pomp. Dexemos disensiones impertunas;

tratemos de la paz.

Vir. Con qué ventajas me convida con ella?

Pomp. Con las mismas que Metelo propuso.

Vir. Recordarlas será muy oportuno: dilas.

Pomp. Oye:
La primera que sea Lusitania del todo independiente: que conserve los Pueblos conquistados en España: que aliada y amiga del Senado, no pueda dar socorros à Numancia ni tampoco á Segeda.

Vir. No prosigas:
á tu campo te vuelve sin tardanza,
que tales condiciones no merecen por un xefe Español ser contextadas.

¿Quién impone las leyes en la guerra,
el vencedor, ó el que vencido se halla?

¿Quién llora su derrota España ó Roma?

¿Quién en las lides la victoria canta?

Mucho extraño Pompeyo, que de Roma

me traigas tan molestas embaxadas.

Pomp. No te renuncia Roma las conquistas?

Vir. Si son mias, mal puede renunciarlas.

Pomp. No reconoce libre á un Pueblo entero?

Vir. Yo he roto las cadenas que arrastraba.

Pomp. No quiere tu amistad?

Vir. Por la codicia.

Pomp. No te quiere aliado?

Vir. Por mis armas.

Pomp. Luego la paz desprecias orgulloso?

Vir. Roma solo me obliga á despreciarla.

Pomp. No la firmastes ántes con Metelo?

Vir. Pero no era con esas circunstancias:

Yo no faltó á Numancia ni á Segeda:

la causa que defienden, es mi causa.

Pomp. Tambien en recompensa te se vuelve

á Dulcidia tu esposa idolatrada.

Vir. ¿Tan indigno me juzgas que presumes

que pueda por mi amor vender la patria?

Yo sigo las vanderas de la gloria,

con eso he respondido á tu demanda.

Vuel-

Vuelva á seguir la guerra, vuelva Marte

á esgrimir los rigores de la parca.

Pomp. Y vuelva á ser Dulcidia entre cadenas,

Víctima del oprobio y la desgracia:

Mas primero deduce Viriato por este mudo signo, y esta carta,

su modo de opinar.

Vir. Qué me presentas?

Pomp. De oliva y de laurel, dos verdes ramas.

Vir. Qué significan?

Pomp. Miralo.

Vir. Deydades!

de este misterio, cuál será la causa! *lee.*

„El signo de la paz muestra tu vida;

el de la guerra atroz tu muerte infausta:

yo no puedo vivir si tu no vives, antepón al laurel la oliva sacra.“

Mucho dice el papel en pocas letras.

Qué de terribles dudas me contrastan!

Si yo viera á Dulcidia! pero cómo?

renunciar es preciso á la constancia.

Salgamos de una vez de confusiones,

y firmemos las paces entabladas: que tiempo queda luego de romperlas,

si son indecorosas á mi fama.

Ven á firmar la paz.

Pomp. Vé por Dulcidia:

Váse un Soldado Romano.

Ya sabes mis ideas, obra y calla.

Cep. Con qué sagacidad procede el Cónsul!

toda la necesita su desgracia, si servir quiere á Roma... Roma quiere

vengarse de un rival que la contrasta,

y la llena de sustos y rezelos á este fin. Si la vista no me engaña,

aquí viene el traidor que de su xefe

quiere vender la vida, su falacia debe apoyar la nuestra, y si

Pompeyo

le despreció á la vista de su armada

fue por dar á entender á los soldados

que Roma no vencía con infamia;

Pero ya llega aquí, quiero llamarlo.

Dital. Ya están, Señor, las huestes...

Cep. Qué te pára, acércate, no temas... Mi venida no se dirige á descubrir tus tramas.

La paz se está firmando con Pompeyo,

mas si quieres cumplirle la palabra

cincuenta siclos de oro te promete.

Dit. Cómo es que despreció lo que deseaba?

Cep. Como le hablaste en público, temia....

C 2

Dit.

Dit. Te comprendo... no mas, sigue mis plantas.

La envidia que me causan sus victorias, *ap.*
conduce mi despecho á la venganza.

Sale Viriato con el ramo de oliva en la mano.

Vir. De la cándida paz, almas gloriosas,
ved la sagrada insignia colocada sobre los monumentos belicosos, que consagró al valor vuestra constancia.

estos son los efectos alagüeños, que la victoria ofrece á vuestras almas

rebosen de alegría vuestros pechos;

la victoria y la paz siempre hermanadas,

mezclen para el descanso con vosotros

la verde oliva con la rubia palma.

Vé, Pompeyo, á llevar á tus soldados

la nueva de una paz tan deseada.

La amistad que nos une simbolicamente

la que deben tener Roma y España.

Se abrazan.

Pomp. Qué exija la política de Roma,
que yo cometa acción tan depravada!

Vir. Pompeyo, no te vas? á quién espera?

Pomp. Espero á tu consorte.

Vir. Tu palabra basta.

Pomp. Quiero entregártela yo mismo,

para cumplir contigo y con mi Patria...

Mas ya viene servida de mis tropas.

Vir. Aquel placer no muestra que mostraba.

Pomp. Ya has dexado de ser mi prisionera:

vuelve á serlo de amor.

Vir. Ven y descansa

en mi amoroso seno, como objeto que corone la gloria de mis armas.

Pomp. Concluida la paz y sus tratados,

no queda que hacer mas á mi eficacia.

Los númenes te asistan, Viriato.

Vir. Y á tí te guarden.

Pomp. Vamos: mi alianza

fuera eterna, si Roma tu ruina por medio de tu muerte, no tratará. *apart.*

Vir. Ya Dulcidia he subscripto á tus deseos,

ya las paces con Roma están firmadas,

ahora falta me expliques los enigmas

del laurel de la oliva y de la carta.

Me dices que en la oliva está mi vida,

en el laurel mi muerte, y en la carta

que

que no puedes vivir si yo no vivo.

Estos enigmas nacen de una causa

tan importante como misteriosa: explícalos, Señora; pero callas? por tu vida y mi vida, te suplico

me saques de una vez de dudas tantas.

Dul. Puedo hablar sin reserva? estamos solos?

Vir. Solamente el amor nos acompaña.

Dul. La duracion al tiempo compitieras si tan solo el amor te acompañara.

Vir. Qué dices!

Dul. Que en el seno de tus tropas, la perfidia se oculta, disfrazada con velo de amistad.

Vir. Cómo?

Dul. No hay duda: todavía sé mas; sé que sus tramas han llegado á noticia de Pompeyo; y que el mismo Pompeyo, por su fama, ó por otros motivos que no alcanzo con vilipendio supo desecharlas. En el campo Romano lo he sabido; y no pudiendo desde allí cortarlas, ni darte parte de ellas, he querido que las paces propuestas aceptaras,

con la idea de verte, y prevenirme contra el fiero rigor de la asechanza.

Vir. Y contra mí qué trama la perfidia?

Dulc. Lo ignoro enteramente, mas el alma

me dice á cada instante, que tu muerte:

mira de quien te fias con quien tratas,

que aunque yo sea un argos de tu vida,

quizás no bastará mi vigilancia á evitar el terrible duro golpe que el destino y la envidia te preparan.

Vir. Quién es el fiero autor del atentado?

quién el nombre Español así degrada?

Dímelo por tu vida, por la mia, que es quanto puede encarecer el alma,

que yo juro á mi Patria y á tus ojos

castigar de manera su falacia, que la crueldad admire mis furorres,

que el mundo se estremezca á mi venganza.

Pero no, que eso fuera envilecerme,

no me digas quien es, su nombre calla,

que yo ofrezco aplacarle muy en breve

si de la envidia su rencor dimana.

A propósito vienen mis guerreros

á aplaudir de Dulcidia la llegada.

Salen las tropas de Viriato, con Ditalcon, Minor y demas Capitanes.

Min. Todo el campo, Dulcidia, alborozado, su cariño á ofrecer viene á tus plantas.

Dul. Su fineza pagar quiero con otra, repártanse entre todos mis alhajas.

Sold. Viva de nuestro Xefe la consorte.

Dit. Dulcidia aunque me ha visto no me habla: si acaso... pero no, dame los brazos.

Dulc. Tómalos. Ah traydor!

Dit. Qué dices?

Dulc. Nada.

Dit. Si el Consul la habrá dicho mis designios?... con esta duda se extremece el alma.

Vir. Ya que con un motivo tan plausible

miro todas mis tropas convocadas, hoy con nombre de amigo quiero hablaros,

si acaso el de caudillo os desagrada.

Yo sé que entre vosotros hay traidores!

hay monstruos de perfidia y de falacia

que intentan por los medios mas indignos

al romano poder vender la Patria.

Una accion tan culpable y delinquente,

es preciso que sea dimanada de la ciega ambicion ó de la envidia,

y es preciso tambien que yo la causa

sea de tan odiosas negras furias, que tienen tanta sangre derramada.

Si al arte belicoso de la guerra dediqué mi valor y mi constancia

fué solo por librar de los Romanos

à mi infelice Patria encadenada: igual fuí con vosotros al principio,

sin deseo del mando peleaba,

Vosotros me le disteis sin quererlo,

y si yo lo admití fué por la patria,

tan pesado me fué como glorioso,

notorio es lo que digo à toda España.

Quántas noches pasaba desvelado

mientras que mis soldados descansaban!

quántas veces del agua y del sustento,

por dárselo à mis tropas me privaba!

quántas y quántas veces, los despojos

que por ley de la guerra me teñaban,

por

por cumplir con mi pecho ge-
 roso,
 à favor de vosotros renunciaba!
 Decid, no he sido siempre yo
 el primero
 en conducir la muerte à la bata-
 lla,
 y el último en volver con la
 victoria?
 Respondan los traidores: pero
 callan:
 contradecid mis voces mas no es
 dable.
 Mi valor, mis heridas, mis ha-
 zañas,
 pone un sello à sus labios ver-
 gonzoso:
 unos de enojo tiemblan y de ra-
 bia:
 otros están confusos y suspensos,
 y otros sensibles lágrimas derra-
 man,
 pudiera conocer à los traidores
 porque el traidor en vano se re-
 cata;
 pero no me permite mi nobleza
 dar el menor tributo à la ven-
 ganza.
 Nombrad Xefe, Soldados Lusita-
 nos,
 aquí teneis la insignia, destinad-
 la:
 ceñid ese laurel en otra frente
 mas digna de ceñirle y de lle-
 varla,
 que yo seré el primero que obe-
 dezca
 del nuevo general las leyes sa-
 bias.
 Ya no soy vuestro Xefe, soy sol-
 dado;

mi estado con el vuestro ya se
 iguala,
 que como la ambicion no me
 domina
 este título honroso à mí me
 basta.

Así la enviadia queda satisfecha,
 la idolatrada patria asegurada,
 y aún mi vida tambien que la
 perfidia
 por seguir sus ideas depravadas,
 no perdona la vida de los Xefes,
 ni tampoco la gloria de la patria.

Todos se echan à sus pies.

Compañeros, ¿qué es esto! ¿qué
 motivo
 os obliga à arrojaros à mis plan-
 tas?

¿qué quereis? ¿qué pedis?

Tod. Que tú nos mandes.

Vir. No puede ser, amigos.

Tod. Pues las armas

depongamos al punto, y el Ro-
 mano
 sus àguilas tremole en toda Es-
 paña.

Vir. Eso no: por los Dioses tute-
 lares.

Yo bien sé que mi muerte està
 cifrada
 en la insignia del mando: mas
 con todo
 le volveré à ceñir sin repugnan-
 cia
 haciendo de mi vida un sacrificio,
 porque Roma no vuelva à esclavizarla.

Ya soy vuestro caudillo nueva-
 mente:

si hasta aquí la amistad por mí
os hablaba,
ahora por mí el poder hablar in-
tenta.

El Dios de Viriato son sus ar-
mas,
su religion, la gloria de la Ibe-
ria;

su connato, frustrar las asechan-
zas
de los viles traidores, que pre-
tenden

hechar nuevas cadenas á su pa-
tria:

yo le descubriré, sea quien fue-
re,

y á la vista de todas mis esqua-
dras

le daré en rostro con su negro
crimen,

publicando el motivo de su in-
famia,

y despues porque sirva de escar-
miento

á impulsos del enojo y de la ra-
bia,

sabré despedazarle entre mis
brazos

romperle el corazon, sacarle el
alma,

dexándole de modo, que ni aún
sirva

à carnívoras aves de vianda.

Tod. A fin de castigar los agreso-
res,

todos queremos parte en la ven-
ganza.

Vir. Ya teneis parte en ella, Lusi-
tanos,

en vuestro amor desde hoy mi
amor descansa:

y una vez que la noche se apro-
xima,

á descansar del peso de las ar-
mas

idos á vuestras tiendas, entre-
tanto

que la paz os conduce á vues-
tras casas.

Tod. Viva nuestro caudillo. *vanse.*

Vir. Ven Dulcidia,

dónde el amor y el sueño te pre-
paran

el debido descanso á tus fatigas.

Dalc. En su tienda me espera. *á Di.*

Dit. Pero...

Dalc. Calla.

vase Dival.

Yo haré que el escarmiento le
corrija,

sino le corrijesen mis palabras.

Vir. A pesar de los vivas de mis
tropas,

tristes presagios vaticina el alma.

*Vánse Viriato y Dulcidia, despues
se retiran las tropas, y Di-
talcon se queda en ob-
servacion.*

Dit. Ya se fueron; propicia la for-
tuna

parece que se muestra à mis de-
seos:

como un siembre soldado está en
su tienda

mirando su custodia con despre-
cio.

A buscarme mi hermana salir
debe,

así que mi rival se entregue al
sueño:

el Capitan Romano, segun dixe,

en

en traje de Español vendrá à este puesto:

todo conspira al logro de la idea que me sugiere un bárbaro despecho;

el lóbrego silencio de la noche,
el pavoroso horror que viste el Cielo

vaticinan su trágico destino:
ánimo corazón, dexa el recelo:
perezca Viriato á mis furiosos:
Roma quiere su muerte, yo la quiero:

la acción es arriesgada, mas la envidia
y el interés no miran ningun riesgo.

Pero un hombre con pasos contenidos
se dirige ácia aquí::: si será Cepio?

Cep. Eres Ditalcon?

Dit. Sí.

Cep. Pues à qué aguardas?

Dit. Suspende tus furiosos, aún no es tiempo.

Mas ya sale Dulcidia... ven conmigo.

Mas ardid que valor quiere el proyecto. *vase.*

Sale Dulc. Ya se entregó al descanso mi consorte:

una vez que la tienda no está lejos,

de mi pérfido hermano, determino

pasar à reprimirle con secreto,
à fin de que mi esposo no comprenda

que alimenta tan viles pensamientos.

El tiempo no perdamos, sin embargo

de que ya se han calmado mis recelos

por medio de la paz: esta es su tienda

por tu amor, dueño mio, tu amor dexo. *vase.*

Dit. Ya mi tienda Dulcidia ha penetrado:

sigue mis pasos Cepio, que ahora es tiempo.

Cep. ¿Qué mi decoro à Roma sacrifique!

lo exige así el mandato de Pompeyo.

Dit. Esta pronto à apoyar nuestros designios?

¿le ha llegado de tropas el refuerzo?

Cep. Todavía es mayor que se pensaba.

Dit. Siendo así no perdamos un momento:

no tienes que temer.

Cep. Mira si duerme.

Dit. En los brazos descansa de Morfeo:

entra mientras registro todo el sitio.

Cep. Aun dormido Viriato impone miedo. *vase.*

Dit. Ya penetró la tienda: ahora es preciso

prevenir à Pompeyo del suceso. *vase.*

Dentro Vir. Qué es esto, quién me mata?

Cep. Con la fuga
quiero salvar la vida en tanto riesgo. *vase.*

Se-

Sale Viriato de su tienda haciendo los mayores esfuerzos para vengarse del Romano, con la espada en la mano.

Vir. Dulcidia? Lusitanos? Qué no pueda vengarse mi valor del monstruo fiero!

¡Ola!

Sale Dulc. ¿Qué ha sucedido?

Vir. Eres Dulcidia.

Dulc. ¿Qué es esto Viriato?

Sacan luces.

Vir. Que me han muerto.

Dulc. ¡Oh pese à mi descuido! Cruel hermano:

los Romanos te han muerto por su medio.

Vir. ¿Quién Ditalcon?

Dulc. El mismo: Lusitanos partid de ese traidor en seguimiento, ¿qué os detiene? partid sin mas demora, que mi sangre en su sangre beber quiero. *vase Min.*

Vir. ¿Qué triunfo conseguísteis asesinos? en quitarle la vida aun hombre muerto, dormido me matásteis, que es lo mismo.

Dulc. ¡Oh dolor sin igual! cómo no muero, su corazon apenas ya palpita.

Vir. No siento yo morir: tan solo siento, que con mi triste muerte muere España. *muere.*

Dulc. Funesto vaticinio! un mortal yelo

va deteniendo el curso de su sangre:

ya le dexó el valor: Dioses! ya ha muerto,

su Numen tutelar perdió la España:

yo he perdido el mas dulce compañero:

si el dolor y la pena no me matan

me matará la pena y el despecho.

Pérfido hermano... esposo sin ventura...

desventurada España... cruel Pompeyo.

En qué piensas, Dulcidia? ¿De que sirven

tus ayes, tus gemidos y lamentos

à vista del cadáver de tu esposo?

Sus heridas, su sangre, el mismo cielo

pidiendo estan venganza contra Roma,

contra mi hermano, y tu asesino fiero;

sobre tus manos yertas yo la juro:

à cuyo fin...

Sale Min. Señora?

Dulc. Qué es aquesto?

Min. Que Pompeyo, sin duda noticioso

de la muerte fatal de nuestro dueño

viene con nuevas tropas por el monte

en nuestro mismo campo à sor-
prenderlos.

Dulc. No importa: déxale vive en
Dulcidia
todavía el valor de vuestro Due-
ño:
dame, dame tus armas victorio-
sas,
que en ellas va cifrado el venci-
miento.
No teneis que temer: à Dios
esposo

le retiran.

el Cielo va à vengarte con tu
acero.

Dent. Perezca Lusitania.

Españ. Muera Roma.

Dulc. Tiemble de mi furor el uni-
verso.

*Se da una batalla en el monte en-
tre Españoles y Romanos. Salen
por la cima de él Pompeyo, Ce-
pio, Ditalcon y Romanos; y sa-
len à su encuentro Dulcidia, Mi-
nor y Lusitanos. Se da una re-
ñida batalla, y despues que se han
entrado sale Dulcidia con Lusi-
tanos persiguiendo à Ditalcon,
y sale Pompeyo por
otro lado.*

Dulc. Matad à ese traydor.

Dit. Qué yo no encuentre
quien me socorra? amparame
Pompeyo.

Pomp. De este modo apradino à
los traydores.

Dale de la traycion el justo pre-
mio.

à Cepio que lo hiere.

Dit. Ah pérfidos! . *cae muerto.*

Pomp. Señora, ya es preciso
que ceda tu valor dame el ace-
ro:
perdiste la batalla.

Dulc. Crueles hados!
Ya de Roma à arrastrar vuelves
los hierros.
Ni Pompeyo, ni Roma, ni el
Senado

el júbilo tendràn de verme en
ellos:
pues àntes que mirarme encade-
nada

al carro del oprobio y del des-
precio,
sabré trocar en tósigo mi ra-
bia,
sabré trocar mi cólera en vene-
no,

en agudos puñales mis congo-
jas,
y en dogales crueles mis tor-
mentos:

y quando no, yo misma con mis
manos
me sabré destrozar mis propios
miembros,
sembrarlos por el ayre, si es po-
sible,
y dexarlos en àtomos deshe-
chos.

Pomp. Retirad à Dulcidia: tus des-
gracias
la compacion excitan en mi pe-
cho:

mas clemencia me debes que me-
reces.

Dulc.

Dulc. Tu clemencia maldigo , y la
detesto:
triunfaréis de España ; pero Es-
paña
triunfarà de vosotros con el
tiempo.

Pomp. Ven à escribir à Roma.

Dulc. La victoria
que adquirió tu maldad , tu vi-
lipendio.

Todos. Y sea de piedad esta tra-
gedia
à la edad venidera digno ob-
jeto.

F I N.

CON LICENCIA.

Barcelona : - En la Oficina de JUAN FRANCISCO PIFERRER,
Impresor de S. M. ; véndese en su Librería administrada
por Juan Selent.